

genere. Montó en el caballo y se dirigió al puente pero apenas de ser muy estrecho estaba completamente embarrado con cargas montañas y cadáveres. Entonces retrocedió y quiso echarse al río pero en esos momentos le alcanzado por el dragón Llanero Rodríguez que acompañado de otros cuatro le gritó que se rindiera.

El valiente cruzó con esto dirigiendo un tiro al grupo matando el caballo de uno de ellos y luego descendiendo la espada siguió deteniéndose pero llegó con otros muchos lo cercaron completamente, le quitaron las armas y le dijeron adiós.

CAPITULO XLI.

¡ADIÓS, RAFAEL!

—Quién os mató, le preguntó Eusebio Rodríguez tendiéndolo fuertemente cogido de un brazo como prisionero.

Después de la desigual pelea que hemos referido muy compendiadamente en el capítulo anterior, la cual hizo prolongar solo el valor de Matamoros hasta las cinco de la tarde, hora en que los mas de sus soldados habían huido y el resto se encontraban por todos lados muertos ó prisioneros, Llano destacó á Iturbide para que fuera á apoderarse de Morelos mientras él se quedaba en la hacienda de Puruarán fusilando á los prisioneros entre los que se encontraban diez y ocho oficiales. Llano, en su parte á Calleja, le dice que fusiló como unos doscientos prisioneros; pero no hace cuenta de los heridos que fusiló después en Valladolid, á los cuales mandó sacar de los hospitales, algunos agonizando ya.

Se los sacaba en camilla ó arrastrando para hacer-

los morir, subiendo el número de las víctimas con los muertos en los combates á mas de dos mil mexicanos. Fuera de la carnicería del Puente de Calderon hecha por Calleja en el ejército de Hidalgo, después de la cual se estuvieron viendo por muchos años montañas de huesos en el lugar del combate, no hubo otra en toda aquella desastrosa guerra en que se mataba á cuantos se podia, aunque no fueran cogidos con las armas en la mano, observándose la matanza como un principio político y como una regla invariable á fin de disminuir el número de los enemigos y hacer mas fácil la dominacion, con el propósito y el deseo de llegar á realizar un completo exterminio.

Era natural que así fuera, supuesto que los españoles no podían menos de ver en cada mexicano un enemigo que tarde ó temprano tenia que empuñar las armas, si no las habia empuñado, para defender la independencia. Por eso fué que no perdonaron nunca á ningun prisionero fuera de la categoria que fuese, que no perdonaron tampoco á ningun sospechoso, y antes lo inventaban siempre que podian para matarlo y que no perdonaron á ningun habitante pacífico que se encontrara en las poblaciones donde se les hubiera hecho resistencia, dando por sentado que todos habian contribuido á ella de alguna manera. Engolfados por lo mismo, Llano en fusilar á sus prisioneros é Iturbide en seguir á Morelos, del cual tenia orden de apoderarse á todo trance, pues abrigaban la seguridad de que con esa captura terminaba de hecho la revolucion, no levantaron el campo esa misma

noche sino que se reservaron á hacerlo hasta la madrugada del día siguiente en que se mandaron recoger los heridos y enterrar los muertos, valiéndose para esta operacion de grupos de campesinos y de prisioneros que se reservaban para fusilarlos después, yendo entonces cuidados por soldados españoles, lo que les proporcionó á muchos de aquellos la oportunidad de poder escaparse.

Era cerca del oscurecer, la noche se presentaba clara y serena alumbrada por una luna llena, cuya luz era apenas interceptada por densos celajes que parecían haberse dado cita al rededor del astro de la noche: dos ginetes habían estado presenciando el combate desde una loma opuesta, desde la cual pudieron ver distintamente el esfuerzo hecho por los insurgentes, las maniobras decisivas de los realistas, el desorden que de hora en hora penetraba en las filas de los primeros dándoles mas brío á los segundos y por fin el completo triunfo de estos que concluyó por haber logrado hacer prisionero á un general enemigo.

Los ginetes descendieron de la loma luego que el campo empezó á cubrirse con la bruma de la noche, al llegar á la llanura ataron sus caballos á un árbol y luego empezaron á recorrer el campo con visibles muestras de curiosidad mezclada con un grandísimo terror. Mas de una vez, al tropezar con un cadáver, el que parecía mas jóven había lanzado un grito de espanto, teniendo su compañero que sostenerle en sus brazos para evitar que cayera á tierra desvanecido.

—Vámonos de aquí, le dijo por fin el mas corpulento al mas pequeño, es en primer lugar una imprudencia muy grande la que estamos cometiendo, y después, que tú no tienes ni la fuerza ni el valor suficientes para ver todos estos horrores.

—Si no tengo nada, si ya me he serenado completamente, contestó el mas pequeño con voz tan queda que parecía un soplo.

—No creo que puedas resistir mas.

—Comprende, amigo mio, cuál debe ser mi ansiedad cuando aquel soldado que pasó cerca de nosotros me aseguró que le había visto caer herido y que le conoce bien porque era de su escolta..... luego aquí está entre los muertos..... ¿y cómo he de abandonarlo cuando en busca de él vengo?

—Creo que es mejor que vayamos á presentarnos al gefe diciéndole nuestras pretensiones.

—¡Ah! tú no conoces á estos españoles que tienen cargos, ó mejor dicho, los conoces muy bien, conoces mucho al menos al que es causa de nuestra desgracia, pero á todos los juzgas de buenos sentimientos porque tú eres bueno. Sigamos por aquel lado á donde me conducen mis presentimientos y si vuelvo á sentirme mal te diré desde luego que nos vayamos y haré lo que tú quieras.

—Está bien, sigamos, dijo el mayor sosteniendo por el brazo al mas pequeño para evitar que siguiera tropezando con los muertos, que parecían vistos de lejos á la luz de la luna como las ovejas de un numeroso ganado tendidas aquí y allá por todas partes.

Siguieron andando con dirección á la orilla del río, que era donde Matamoros había sido hecho prisionero y como era por allí muy grande el número de cadáveres regados, de tercios rotos, de maletas hechas pedazos, de caballos tirados á lo largo, de armas y de otra infinidad de objetos, el tránsito se hacia mas difícil y ambos jóvenes, pues los dos lo eran en extremo, tuvieron que detenerse, diciéndole el mas alto:

—No se puede seguir adelante.

—Y sin embargo, por aquí debe estar si acaso es cierto lo que nos dijo el soldado.

—Pues ¿qué hacemos?

—¿Rafael? dijo casi suspirando el mas pequeño de cuerpo.

—¡Imprudente! exclamó el otro oprimiéndole el brazo.

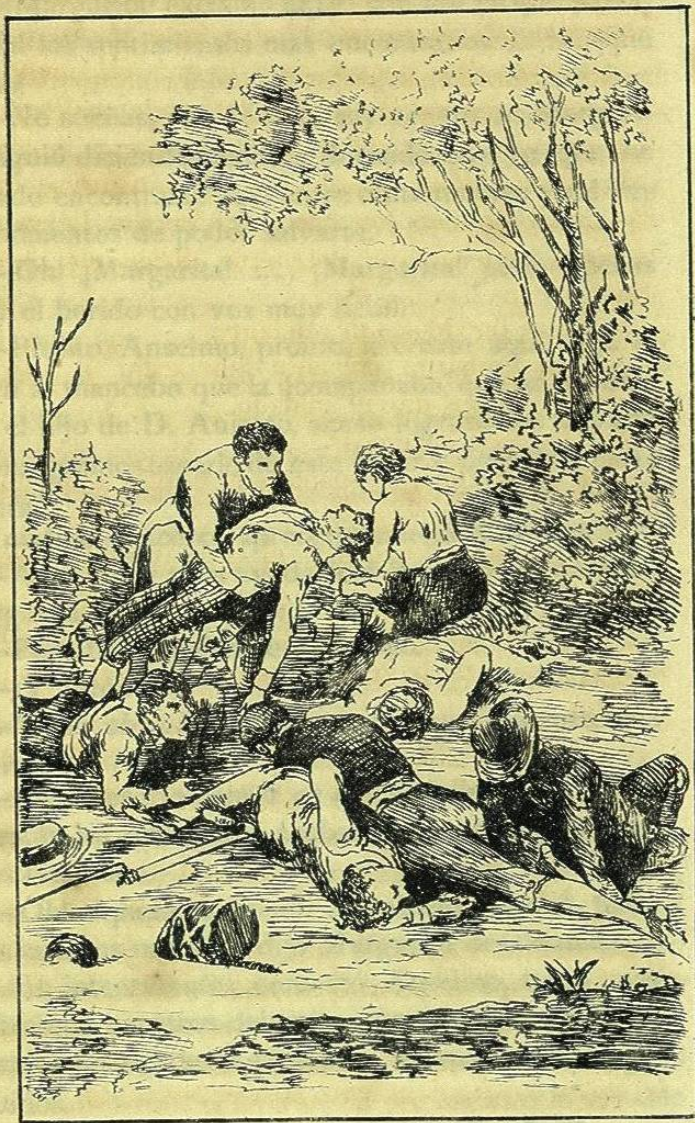
—¿Rafael Fuentes? volvió casi á gritar el primero sin hacer caso de la reconvencion del que lo acompañaba.

A la luz de la luna pudo observar que uno de aquellos cuerpos esparcidos hacia esfuerzos como para incorporarse.

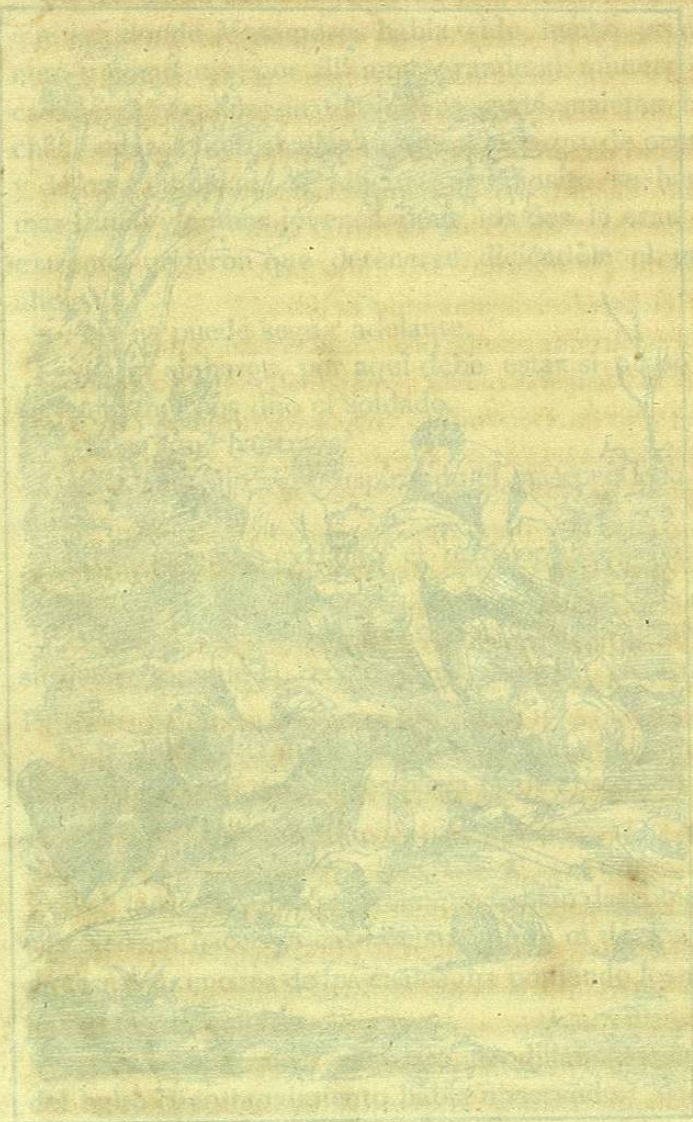
—¡Allí está! exclamó.

Y se lanzó al punto movable que habían descubierto sus ojos sin hacer ya caso de su amigo, ni de los cadáveres por encima de los cuales iba poniendo los pies sin tratar de evitarlo.

—¿Eres tú, Rafael? preguntó arrodillándose cerca del bulto cuyo movimiento había observado.



Y entre los dos hicieron el impulso con tal ánimo, que levantaron al herido como si fuera una paja.



—¡Margarita! exclamó aquel con voz en que se traducían los sentimientos mas encontrados. ¡qué sueño!

—No sueñas, amado mio, soy yo; soy tu Margarita, siguió diciendo riendo y llorando, soy yo que he logrado encontrarte aquí entre tanto muerto y tal vez en momentos de poder salvarte.

—¡Oh! ¡Margarita!..... ¡Margarita! pudo apenas decir el herido con voz muy débil.

—Pronto, Anselmo, pronto, acércate aquí, dijo la jóven al mancebo que la acompañaba, que no era otro que el hijo de D. Aniceto, acaso lograremos salvarle si conseguimos sacarlo de este lugar y llevarle á parte segura.

Anselmo se acercó apresuradamente y la dijo:

—Aquí estoy para ayudarte á hacer lo que quieras, Margarita.

—Pues bien, ayúdame á llevarlo.

—¿Y á dónde?

—No lo sé, á la primera casa que encontremos abierta.

—Es necesario pensar en que si lo llevamos á donde están los realistas lo acabarán de matar y á nosotros tambien.

—¡Oh! si pudiera montar á caballo aunque fuera unos cuantos minutos, dijo Margarita desalentada.

—Lo intentaremos, contestó Anselmo, tanto mas cuanto que nosotros debemos estar siempre cerca de nuestras cabalgaduras para huir en caso de ser perseguidos.

—Pues no perdamos tiempo, amigo mio.

Y uniendo el ejemplo á las palabras, Margarita tomó á Rafael de las rodillas dejándole á Anselmo el medio cuerpo mas pesado.

—¡Oh! tú no podrás, le dijo este, déjame lo á mí solo.

—Cuando me canse, ahora me siento con demasiadas fuerzas.

Y entre los dos hicieron el impulso con tal ánimo que levantaron al herido como si fuera una paja. Este, que apenas tenia conciencia de lo que pasaba, al sentirse levantado en peso, fuera por el dolor de la herida ó porque el movimiento le hiciera despertar del letargo en que se encontraba, exhaló un lamento y murmuró siempre con la voz muy débil:

—Es imposible..... imposible..... ¡oh, Dios mio! es mejor..... que..... me dejen..... morir..... aquí.

—Somos amigos, Rafael, soy yo, tu Margarita.....

—¡Mar.... ga.... ri.... ta....!

Murmuró apenas y volvió á quedar desvanecido.

Con grandes trabajos, con grandes esfuerzos, tropezando aquí y allá con los codáveres y con los tercios y maletas, lograron salir con su carga que á cada paso sentian mas pesada, de aquel lugar en que habiendo sido lo mas recio del combate presentaba mas obstáculos. La luz de la luna se cubria por momentos y tenian que esperar descansando á que las nubes se desvanecieran para seguirse orientando, costándoles grandes trabajos á ambos jóvenes inexpertos reconocer el camino.

Entre tanto, en la hacienda se oia la algazara de la borrachera á que se habian entregado los españoles, los acordes de una música que daba una serenata al caudillo triunfador y cuando los gritos y la música cesaban un rumor sordo como el de un mar agitado que se formaba con el va y ven de la gente alegre que estaba en la hacienda.

Seguramente para mejor celebrar el triunfo ó porque se temiera que algunos de los oficiales se escaparan ó porque Llano no pudiera ya retardar su placer que era tan comun en aquellos hombres que nos dominaban entonces, siempre sedientos de sangre y de venganza, se oyeron de repente repetidas detonaciones de fusileria en la hacienda.

—¡Jesus! exclamó Margarita soltando involuntariamente las rodillas de Rafael que iba sosteniendo con lo poco que le quedaba de fuerzas. Anselmo estuvo á punto de hacer lo mismo, pues jamas las habia visto mas gordas; pero se recobró prontamente del terror que las detonaciones le produjeron y dijo en extremo afligido:

—Se está fusilando á algunos desgraciados.

—¿No será un motin? preguntó Margarita que no podia reponerse de la sorpresa.

—No, le respondió Anselmo, los tiros son pausados y se oyen al toque de tambor y aun percibo la voz del oficial que está dando las órdenes.

—Vámanos, vámonos pronto, exclamó aquella cogiendo otra vez las rodillas de Rafael.

Este á su vez se habia estremecido, habia abier-

to los ojos momentáneamente y había pronunciado palabras inconexas.

Al cabo de dos horas de una fatiga increíble, lograron desandar al camino que antes habían recorrido en diez minutos y llegaron al árbol en donde estaban atados los caballos.

—Y ahora, ¿qué hacemos? preguntó Anselmo.

—Ahora subimos en uno á Rafael y cada uno lo va tirando á pié mientras se lo permita el cansancio.

—Pero ¿de qué manera lo aseguraremos

—Lo atamos con un lazo.

—Y si se nos muere con los movimientos bruscos que haga la béstia?

—Pues si se nos muere, contestó Margarita llorando, habremos hecho todo lo posible para salvarle. Animo, amigo mio, y vámonos pronto, porque temo mucho que esté ameneciendo, que nos encuentren y nos lleven á los tres prisioneros.

Eternas habian parecido á Margarita aquellas tres horas desde que habia anochecido, pues no eran todavía las diez de la noche, y como no tenia idea del tiempo y la luna estaba ya encima de sus cabezas, pensaba la infeliz que ya estaria próxima la madrugada.

Ya se calcularán todos los trabajos, todos los esfuerzos, todos los apuros que tuvieron ambos jóvenes para poner al herido, que tan pocas señales de vida daba, atravesado en la silla del caballo, haciendo por medio de lazos y mantas que la cabeza fuera lo mejor

sostenida posible al nivel del cuerpo para que no lo ahogara la sangre.

—Se morirá, si no está muerto, habia murmurado Anselmo, como considerando inútiles todas aquellas fatigas.

—Al menos habremos llevado su cadáver á cualquier lugar en donde no sea profanado por los españoles.

Poco despues empezó á andar aquel pequeño fúnebre cortejo, empeñándose Margarita en ser la primera en llevar de la brida el caballo en que iba puesto Rafael, quien todavia de cuando en cuando exhalaba quejidos muy débiles parecidos á un soplo que estuviera pasando allí de la misma muerte.

Le tocó su turno á Anselmo y despues de haber caminado otras tres horas para andar solo una legua, encontraron una casucha abandonada, cerca de la cual habia dos ó tres árboles, con una cocina formada con un jacal en que habia restos de lumbre y algunas menudencias que parecian inservibles y de las cuales pudieron sacar algun provecho para practicar sus sucesivas operaciones.

—En primer lugar vamos á curar al herido, dijo Margarita, despues que Anselmo hubo encendido una luz, yo nunca he curado heridos ni los he visto, pero Dios me iluminará.

La bala, segun podia observarse, le habia entrado por el costado derecho saliéndole por el pecho en donde habia hecho un boqueron espantoso. Marga-

rita se desmayó al ver allí coagulada la sangre y las carnes vivas destrozadas.

Anselmo buseó agua y con los pañuelos de ambos limpió lo mejor que pudo aquella gran herida moviendo siempre la cabeza con el mayor desaliento.

De repente por la misma herida salió algo como un suspiro, el cuerpo de Rafael se puso rígido y una gran palidez comenzó á cubrir su semblante y luego el pecho y los brazos.

—Ya es inútil seguirlo curando, dijo Anselmo.

—¡Muerto! gritó Margarita con una desesperacion indescriptible, piatada en sus llorosos ojos..... ¡muerto! volvió á repetir retorciéndose los brazos. ¿se-
rá posible, Anselmo?

—Ahora no nos resta más que rezar por la salvacion de su alma, dijo Anselmo cayendo de rodillas. La jóven tambien se arrodilló exhalando tan lastimeros sollozos, derramando tantas lágrimas, que el mismo Anselmo lloró, sin embargo de que Rafael era para él un desconocido.

Pasados algunos momentos reflexionaron en que no podian permanecer allí hasta el dia siguiente y que era preciso dar sepultura lo más pronto posible al cadáver para cumplir con aquél último deber.

Anselmo encontró en la cocina herramientas de labranza muy toscas y con esos pesados instrumentos se pusieron ambos jóvenes á cavar el sepulcro debajo de un árbol. Por fortuna la tierra habia sido removida para formar allí un basurero y fácilmente pu-

dieron sacar los escombros y dar forma á la fosa. Despues que llegaron á la tierra mas dura agotaron sus fuerzas, pero al fin cuando aparecieron los primeros tintes de la aurora habian casi concluido su trabajo y cuando empezaba á subir el sol Rafael era mas bien arrastrado que llevado al lugar en que iba á reposar para siempre.

Silenciosamente, con unas burdas bateas que les servian de palas le echaron la tierra encima y apenas iban á medias de esta tarea cuando en un momento de descanso oyeron un tropel de caballos á lo lejos.

—Son los españoles, murmuró Anselmo consternado.

—Anda, ensilla los caballos mientras que yo concluyo este triste trabajo, le dijo la heroica Margarita.

Apenas habia echado la última palada de tierra, apenas habia tenido tiempo Anselmo de traer los caballos, cuando apareció una partida de hombres armados.

Margarita se bajó sin embargo por último á besar la tierra, murmuró una corta oracion, montó luego en su caballo ayudada de Anselmo y sin hacer el menor caso de la partida que se aproximaba, dijo todavía acercando su caballo al sepulcro:

—¡Adios, Rafael!

Los españoles los vieron, los siguieron; pero los jóvenes que iban ya á escape, habian llegado á una arboleda y habian desaparecido entre el follaje.

LEYENDA HISTÓRICA

... de la forma de la tierra...
 Después que llegaron a la tierra mas alta...
 sus fuerzas, pero al fin cuando...
 metros tines de la altura habian casi...
 trabajo y cuando empezaba a subir el sol...
 una bien arrastada que llevado al lugar...
 a reposar para siempre.

—Sobriosamente con unas purgas...
 servian de balas le echaron la tierra...
 dan a medias de esta tinea cuando...
 de descansa oventu un tropez de...
 —son los españoles murmurando...
 nada.

—Anda enalla los caballos...
 yo este triste trabajo le dijo la...
 —Apenas habia echado la última...
 apenas habia tenido tiempo...
 ballos cuando apareció una...
 mados.

Margarita se bajó sin...
 la tierra murmuró una...
 en su caballo ayudada de...
 por caso de la partida que...
 via acercando al caballo al...
 —Adios, Rafael!

Los españoles los vieron...
 jóvenes que iban ya a escape...
 arbolada y habian desaparecido...

... que según dice se ha...
 después de haber sido...
 una batalla...
 que es muy posible que...
 que me acaba de dar...

CAPITULO LII.

OTRA VICTIMA ILUSTRE.

El sol caía á plomo sobre la noble ciudad de Chilpancingo y los principales miembros del congreso con la consternacion pintada en el semblante, se habian reunido á deliberar debajo del mas frondoso tamarindo que habia en la plaza, respecto de la aterradora noticia que habian estado trayendo los dispersos sobre la completa destruccion del ejército de Morelos en los cuatro combates en que se peleó por su parte con tanta desgracia como torpeza, desde Valladolid hasta Puruarán, cayendo prisionero Matamoros en el último que fué el que se libró en el funesto dia 5 de Enero del año de 1814, á los tres años cuatro meses de haberse proclamado la independendia.

—Estamos perdidos, decia Herrera, si son ciertos todos los detalles que me acaba de dar Francisco Go-